
SOMBRAS
INVISIBLES

El canciller Palpatine envía un biólogo y dos soldados clon al remoto planeta Mimban en busca de unos misteriosos planos cruciales en la guerra contra los separatistas.



Sombras invisibles

Rakaren



Autor: RAKAREN
Publicado originalmente en wookieenews.com
Publicación del original: entre el 17 de enero y el 12 de junio de 2018

Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad.

unos 20 años antes de la batalla de Yavin

Recopilación: Bodo-Baas
Revisión: ...
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
01.07.18
Base LSW v2.22

Declaración

CAPÍTULO I: UN EQUIPO INESPERADO

La galaxia se hunde en la desesperación. Después de dos años de guerra, ni las fuerzas del ejército clon de la República ni las tropas de la Confederación de Sistemas Independientes parecen querer ceder. Masacre tras masacre, los ciudadanos de centenares de sistemas pierden la esperanza.
En Coruscant, la división entre los senadores aumenta. Los contrarios a la creación de un ejército siguen dudando de la utilidad y eficacia del los clones, mientras que los partidarios de una fuerza militar republicana piden un mejor armamento para hacer frente a la gran amenaza tecnológica separatista.
Pero una nueva oportunidad para ganar la guerra se abre ante la República. El biólogo Kon Tobara ha sido citado por el Canciller Supremo Palpatine para tratar una cuestión de gran importancia para el futuro de la galaxia…

El biólogo se había peinado la barba y asegurado de que tenía bien dobladas las mangas de su uniforme gris y negro antes de entrar en la oficina del Canciller Supremo. Pero, a cada minuto que pasaba, más nervioso se ponía el bothan. Kon Tobara no entendía por qué se le había citado allí. ¿Había hecho algo mal? ¿Había causado algún problema en los laboratorios de la República con sus experimentos? Todas las opciones que le pasaban por la cabeza le parecían disparatadas, no podían justificar la llamada que había recibido aquella mañana por parte del Vicecanciller Ameda. Intentando deshacerse de su preocupación, Kon empezó a echar un vistazo a la sala, fijándose en las cuatro brillantes estatuas que contrastaban con las paredes rojas. Mientras estaba mirando al horizonte que podía observar a través de la gran ventana del salón, escuchó unos pasos. Esperando ver a Palpatine, Tobara se giró rápidamente. Pero, para su sorpresa, se encontró de frente con un soldado clon explorador vestido con una armadura de color gris oscuro y manchas negras.

—¡Buenos días! Soy CT-1155, a su servicio. Aunque me puede llamar Troncos.

Entrenado para no dejar opción a sus adversarios en los bosques como los de Kashyyyk, Troncos llevaba siempre con él su DC-15x modificado.

—Encantado, Troncos —dijo Tobara, agarrando la mano al clon—. ¿A ti también te ha citado el Vicecanciller?

—Sí, pero antes que me lo pregunte, no tengo ni idea de por qué.

Así, los dos se quedaron esperando unos minutos más, hasta que, finalmente, dos guardias del Canciller, con su uniforme azul y negro, y el propio Palpatine, vestido con su túnica roja, llegaron al salón.

—Bienvenidos, señor Tobara y CT-1155. En seguida les informo sobre por qué les he hecho llamar —se dirigió Palpatine a sus invitados—. Pero había dicho a Ameda que contactara también con CB-2314.

—Debe de estar entrenando, Canciller. Siempre está entrenando —respondió Troncos.

CB-2314 era otro soldado clon. Conocido también por el mote de Wounds, estaba especializado en los asaltos en espacios reducidos, y destacaba por su habilidad con la cuchilla que tenía equipada en su DC-15A rojo y negro. Vestido con una armadura de color blanco y tonos rojizos, con tres franjas rojas que cruzaban la parte delantera del casco y tres más en el pecho, llegó a la sala corriendo justo después de que Troncos se refiriera a él.

—Discu… Disculpe… Canciller… Me había… Olvidado… Por completo… De la reunión —dijo Wounds, resoplando y mientras se quitaba el casco.

—No se preocupe, CT-1155. Siéntense, por favor. Les he convocado aquí para algo muy importante para el futuro de la República —señaló Palpatine mientras ofrecía asiento a los dos soldados y al bothan. Seguidamente, se sentó en su sillón y encendió un holograma de un mapa estelar—. Supongo que sabrán que mi mayor deseo es poner fin a la guerra de una vez por todas, pero, como pueden ver en el mapa, las fuerzas de la Confederación de Sistemas Independientes no parecen retroceder. Muchos sistemas esperan nuestra ayuda, pero el número de tropas del ejército clon es más limitado que los droides de combate desplegados por toda la galaxia. Debemos encontrar una manera de acabar con todo esto.

—Canciller, hacemos lo que podemos —exclamó Troncos, que estaba visiblemente indignado—. Nuestros cuerpos no se pueden fundir y volver a utilizar como los de esos montones de chatarra.

—Perdone, señor. ¿Pero qué puede hacer un biólogo como yo para ganar a los separatistas? —preguntó Kon.

—Ahora lo entenderá, señor Tobara —el canciller apretó otro botón en su mesa y el mapa holográfico se amplió, centrándose en un planeta boscoso situado en la Región de Expansión—. Hace dos años, durante una batalla contra fuerzas antirrepublicanas en el planeta Mimban, nuestras naves recibieron algunas interferencias en sus comunicaciones. Pensando que eran causadas por las tormentas eléctricas en la atmósfera, los oficiales clon las obviaron, pero hace pocos días, mientras revisaban los archivos de los sistemas de comunicación de la flota, nuestros ingenieros encontraron algo especial. —Palpatine volvió a apretar otro botón, y el mapa se convirtió en un fragmento de texto indescifrable—. Encontraron lo que parecía un código separatista entre los datos recogidos por las naves que lucharon en Mimban, y concluyeron que era lo que había causado las interferencias.

—¿Y dónde encajamos nosotros dentro de esta historia? —dijo Troncos.

Palpatine, después de cerrar el holograma, respondió:

—Además de lo que les he contado, los ingenieros también aseguran que el código contiene los planos de un nuevo proyecto tecnológico de la Confederación, pero no podemos obtenerlos ya que no están completos. La única forma de conseguir todos los datos es obtener el dispositivo desde el que se transmitieron, que estaba presente en algún punto de la superficie de Mimban en el momento que tuvo lugar la batalla. Su misión será viajar al planeta, comprobar si aún se reciben las interferencias y, si es así, encontrar el emisor.

—¿Y mis proyectos se van a quedar a medias? —preguntó Tobara—. Algunos de los organismos con los que trabajo tienen un ciclo de vida muy corto, y aún más si no reciben los cuidados necesarios. Cuando vuelva del viaje habré perdido meses de trabajo.

—Precisamente por sus avances en los estudios biológicos de animales y vegetales hemos decidido acudir a usted. El planeta Mimban es rico en fauna y vegetación, gran parte de estas desconocidas para nosotros, y, por lo tanto, para realizar este encargo es necesario alguien con un importante conocimiento en biología. Si accede a formar parte de la misión, la República se encargará de compensar sus pérdidas e invertirá una gran cantidad de recursos en sus nuevos proyectos —respondió el Canciller.

—En ese caso, accedo al encargo.

—¡Perfecto! —exclamó Palpatine—. Pues mañana a primera hora les esperará la nave que les servirá para llegar a Mimban. El droide de protocolo que será su piloto, BG-23, les dará más datos sobre la misión.

Kon, Troncos y Wounds se levantaron de su asiento y, cuando estaban a punto de salir del salón, el Canciller se despidió de ellos:

—Suerte y que la fuerza les acompañe.

Al día siguiente, al amanecer, el androide BG-23 ya estaba llenando de provisiones la lanzadera estelar corelliana CSS-1 con el nombre de El Pionero. El color anaranjado del robot relucía bajo la luz del sol mientras subía el cargamento por la pasarela de la nave pintada de color dorado. Pocos minutos después, los tres miembros del equipo encargado de la misión habían llegado al hangar.

—¡Bienvenidos, señores! —se dirigió el androide a los recién llegados, haciéndoles una reverencia—. Pueden tomar asiento en la nave. Enseguida iniciaremos el viaje.

—Espero no arrepentirme de esto —suspiró Kon Tobara mientras subía por la pasarela de la lanzadera.

Troncos se dirigió al bothan y, entregándole un bláster DC-17, le susurró:

—Usted asegúrese de manejar bien esto, y seguro que no lo hace.

En ese preciso momento, BG-23 entró en la cabina, se sentó en su asiento y apretó algunos botones del panel de control de la lanzadera, haciendo que esta despegara. Dejando atrás en pocos minutos la superfície brutalmente urbanizada de Coruscant, El Pionero alcanzó la órbita del planeta y el androide de protocolo preparó el salto al hiperespacio.

—Tengo un mal presentimiento… —se resignó Tobara mientras en sus ojos se reflejaba el azul y blanco que, fuera de la cabina, sustituían poco a poco el negro firmamento lleno de estrellas.

CAPÍTULO II: INFORMACIÓN SESGADA



El futuro de la República está en juego. Kon Tobara y los clones Wounds y Troncos han sido enviados a Mimban por el Canciller Supremo con el objetivo de realizar una misión vital para poder hacer frente al ejército droide separatista.
Mientras que el biólogo bothan se muestra desconfiado por lo que hace al éxito de su viaje, los dos clones, acostumbrados a las situaciones difíciles, esperan ansiosos comenzar la tarea que les ha sido encomendada.
Después de atravesar las regiones del Núcleo, de las Colonias y entrar en la Región de Expansión, los miembros de la tripulación de El Pionero están a punto de aventurarse en un planeta totalmente desconocido…

La lanzadera apareció de repente en la órbita de Mimban. Delante de El Pionero, una enorme esfera verde y azul cubierta de nubes brillaba en la oscuridad. BG-23 se dirigió a los controles de la nave y la hizo descender hacia la superficie del planeta.

—El aterrizaje puede ser un poco brusco. Recomiendo que no os levantéis de vuestros asientos hasta que no estemos posados sobre el suelo.

—Yo voy a preparar la munición. Seguro que no es para tanto —dijo Wounds, ignorando las recomendaciones del androide y dirigiéndose hacia la parte trasera del

transporte. Justo en ese momento, un relámpago impactó contra la parte derecha del casco de la lanzadera, haciendo que ésta se balancease y que el clon diera una voltereta en el aire antes de caer al suelo—. De acuerdo, quizá sí que es para tanto.

Mientras el clon se levantaba y volvía a su asiento, El Pionero seguía atravesando la tormenta zarandeado por los fuertes vientos, hasta que pudo aterrizar en una pequeña llanura entre los árboles. Enseguida, Troncos se dirigió al panel de comunicaciones de la nave:

—De acuerdo, vamos a comprobar si recibimos alguna cosa. Según los datos, las interferencias provenían de esta zona de Mimban.

En unos instantes, un leve pitido empezó a sonar y en el radar del panel apareció un punto rojo. Marcaba el lugar de origen de una transmisión desconocida.

—Parece que tenemos lo que queríamos —susurró Wounds mientras entregaba un dispositivo portátil de rastreo a Troncos. Éste lo conectó a las comunicaciones de la nave y descargó la localización. Seguidamente, los dos clones, y tras ellos Tobara, salieron de la nave y se quedaron vigilando en la parte baja de la pasarela, observando el entorno que les rodeaba. El Pionero estaba rodeado por una espesa jungla y una capa de niebla densa que no permitía ver más allá de diez metros. Gritos de algún animal se escuchaban a lo lejos mientras una suave brisa hacía mover las hojas de los árboles—. Sin duda, si algo me produce este planeta es confianza.

El bothan, empuñando el DC-17 que le había entregado Troncos en Coruscant, se adelantó e hizo una seña a sus compañeros para que le siguieran.

—¡23! —se dirigió Wounds al droide de protocolo, que les estaba observando desde el marco de la puerta de la nave—. Nos pondremos en contacto contigo una vez encontremos lo que hemos venido a buscar. Mantente atento.

—De acuerdo, señor. Hasta pronto —respondió el piloto, mientras la pasarela de la nave subía y el androide desaparecía detrás de ésta.

Seguidamente, los dos clones y el bothan se adentraron en el bosque, en dirección al punto de origen de la transmisión. Cuando llevaban poco más de cinco minutos andando entre la maleza, Kon se detuvo bruscamente e hizo una seña a sus compañeros:

—¿Habéis oído eso? —dijo mientras señalaba hacia el lado derecho del sendero. De pronto, los arbustos se zarandearon y, segundos después, un pájaro sin alas de unos tres metros de altura apareció delante de ellos. Estaba cubierto de plumas negras y verdes oscuras, y tenía un pico alargado y de color grisáceo. Además, sus ojos brillaban con un intenso color amarillo, destacando por encima del resto de su cuerpo. Después de que la bestia rugiera y llenara de saliva a Tobara, él y los clones salieron corriendo.

—¡Sin duda, lo hemos oído! —gritó Wounds, mientras el animal les perseguía. Las ramas de los árboles les arañaban la cara y la humedad de la niebla se mezclaba con su sudor. De pronto, escucharon al pájaro aullando de dolor y cayendo al suelo. Sin mirar atrás, los tres siguieron corriendo, queriendo asegurarse de que realmente no había ningún peligro, hasta que se encontraron con un obstáculo en su camino. Una lanzadera maxilípeda con evidentes quemaduras y daños parecía haberse estrellado allí hacía un

tiempo. Ni los desperfectos ni la vegetación que había empezado a desarrollarse en el casco de la nave impedían que aún fuera visible la insignia de la Confederación de Sistemas Independientes. Mientras Tobara resoplaba después de la huida, Troncos y Wounds examinaban la pantalla del dispositivo de rastreo.

—Parece que la señal que recibimos proviene del interior de la nave —dijo Troncos—. Ahora la pregunta es cómo conseguiremos entrar.

La puerta de la nave parecía bloqueada después de haberse hundido, probablemente a causa de un duro golpe contra el suelo, pero a Wounds no le importó lo más mínimo. Se acercó decidido a la parte delantera de la lanzadera, levantó su pierna derecha y dio cuatro fuertes patadas contra el cristal de la cabina. Después de un fuerte estruendo, el clon se dirigió a sus compañeros:

—Ya tenemos una entrada. ¿Quién es el primero? —preguntó mientras sacudía su pie, intentando deshacerse de los restos de cristal que se le habían quedado pegados.

Kon fue el primero en entrar en la nave, y enseguida se fijó en una mesa situada al fondo de la cabina. Encima de ésta, había una caja de duracero. Al verla más de cerca, pudo distinguir en la parte superior una pantalla que brillaba con luz tenue.

—Es un sistema de cierre de alta seguridad —aseguró Troncos, que también se había acercado a la caja—. Lo había visto antes en los almacenes de Kamino. No es tecnología separatista. Para poder abrirlo, se necesita un código genético concreto.

Sin ningún miramiento, Wounds desenfundó su DC-15A y realizó dos disparos contra la pantalla. En poco menos de un segundo, la caja se abrió y cuatro luces rojas parpadeantes se encendieron en cada uno de sus lados.

—¿Puedes parar ya de usar la fuerza sin pensar? —exclamó Troncos—. ¿No se supone que somos mejores que los droides?

—Lo siento. ¿Pero ha funcionado, no? —respondió Wounds, con una sonrisa.

Tobara, mientras los dos clones discutían, se fijó en el pergamino que había dentro de la caja. En él, había un texto escrito en un extraño sistema cuneiforme que acompañaba un dibujo que parecía hecho a mano. Se trataba de una representación de Mimban y de algún tipo de estructura desconocida situada en el polo norte del planeta.

—¿No se suponía que buscábamos los planos de algún tipo de artefacto tecnológico? —preguntó el bothan—. Lo único que señala este mapa es un lugar concreto en Mimban.

Queriendo comprobar si realmente eso era lo que buscaban, Troncos comprobó el dispositivo de rastreo:

—Efectivamente, la señal proviene de esta caja. El Canciller debió equivocarse cuando nos dio la información.

Tobara cogió el mapa y se lo guardó en un bolsillo. De pronto, un fuerte estruendo sacudió la cabina. De una patada, un droide comando BX hizo salir disparada hacia los controles la puerta que conectaba con la parte trasera de la nave. Iba equipado con dos vibrocuchillos de medio metro de longitud, y de sus ojos emanaba una potente luz blanca. Justo después de entrar en la sala, el droide se abalanzó encima de Wounds, que pudo frenar el golpe con la cuchilla equipada en su rifle bláster. Troncos apuntó al droide para

defender a su compañero, pero, de un golpe, éste lo mandó al suelo. En ese momento, el comando se centró en el soldado caído pero, cuando el vibrocuchillo de su brazo izquierdo ya estaba en el cuello del clon, un rayo azulado atravesó su cabeza. Kon Tobara, empuñando su DC-17, se encontraba paralizado después de haber disparado un arma por primera vez en su vida.

—¡Ja! La suerte del principiante… —dijo Wounds mientras daba una palmada en el hombro del bothan—. ¿Se puede saber de dónde ha salido éste?

Después de incorporarse de nuevo, Troncos señaló la caja que habían abierto hacía pocos minutos:

—¿Véis las luces rojas que parpadean? Quizá se trate de algún sistema de alarma que ha activado a nuestro atacante.

—En fin, este problema ya está solucionado. Ahora debemos llegar al punto marcado en el mapa que hemos encontrado. —Wounds cogió su comunicador y abrió una vía de comunicación—. 23, necesitamos que nos vengas a recoger en la posición que te envío justo ahora.

—En unos instantes estaré allí, señor —resonó la voz de BG-23 a través del altavoz.

Los dos clones y el biólogo salieron de la lanzadera por el mismo sitio por el que habían entrado, y esperaron apoyados en el casco de la nave la llegada de su transporte. Al cabo de pocos minutos, El Pionero se encontraba delante de ellos con la pasarela bajada y, una vez subieron, despegó en dirección al polo norte de Mimban. Después de un breve vuelo, la lanzadera aterrizó cerca de la base de una montaña rocosa y yerma, sin ninguna vegetación en su superficie. Los cuatro tripulantes abandonaron la nave y se quedaron observando el monte.

—¿Y qué se supone que tenemos que encontrar aquí? —preguntó Wounds, confundido por la aparente falta de interés que comportaba lo que habían encontrado.

Kon Tobara sacó un escáner de su bolsillo y lo dirigió hacia la montaña. En unos segundos, apareció en una pequeña pantalla un esquema topográfico del terreno y, después de observarlo, el bothan se dirigió a sus compañeros:

—Está vacío. El monte está vacío.

Antes de que los clones pudieran responder, una veintena de individuos de piel rojiza y cubiertos de armaduras hechas con huesos salieron corriendo y gritando de la selva. Sin que tuvieran tiempo de reaccionar, los miembros de la tripulación de El Pionero quedaron rodeados por los indígenas, que los amenazaban con hachas.

CAPÍTULO III: LA LUZ ESCONDIDA



El miedo rodea al biólogo Kon Tobara y a los clones Wounds y Troncos. Embarcados en una misión en el planeta Mimban con el fin de conseguir una información muy valiosa para la República Galáctica, las sorpresas abundan a su alrededor.
Después de un enfrentamiento con un droide comando que custodiaba una caja de alta seguridad separatista, Tobara y sus dos compañeros han conseguido algo que no esperaban. Creyendo que buscaban datos relacionados con un nuevo proyecto tecnológico de la Confederación de Sistemas Independientes, han encontrado un mapa que indica una localización en el hemisferio norte de Mimban.
A bordo de El Pionero, pilotado por el androide BG-23, los clones y el bothan han llegado a la posición marcada, pero los cuatro tripulantes se han visto sorprendidos por los miembros de una tribu desconocida, que ahora les amenazan con sus armas…

Los humanoides de piel rojiza mantenían su mirada fija en los extranjeros. Mientras tanto, el nerviosismo crecía en el cuerpo de Tobara, Troncos y Wounds que, a la vez, se mantenían cautos para no provocar a sus asaltantes. De pronto, las lanzas que les apuntaban dejaron de hacerlo. Los miembros de la tribu habían girado su mirada hacia la

selva y observaban a una figura cubierta con una túnica grisácea. Abrieron el círculo que habían formado alrededor de los enviados por la República y dejaron pasar al ser, que se paró justo delante de éstos e indicó a dos de los hombres de color rojo que se acercaran.

—Somos pacíficos, no tenemos malas intenciones —se dirigió Kon a la figura encapuchada.

—Según lo que ocurra, quizá deje de ser así —dijo Wounds, que se preguntaba si debía coger su arma para defenderse, aún arriesgándose a las represalias.

El ser vestido con la túnica giró su cabeza hacia el clon y empezó a hablar básico:

—Creo que no está en condiciones de amenazarnos —se impuso la extraña figura—. Si colaboráis, no os haremos daño.

Seguidamente, realizó una seña a los dos miembros de la tribu que se habían acercado y éstos ataron con una cuerda las manos de los cuatro tripulantes de El Pionero, y les obligaron a andar hacia el interior de la selva, acompañados por el resto de la tribu.

Después de unos minutos andando entre la maleza, los hombres rojos y sus prisioneros llegaron a su asentamiento. Se trataba de un pequeño poblado rodeado por una muralla de unos cinco metros de altura y formada por troncos con la parte superior afilada. Para poder acceder a la fortaleza, existía una única entrada, que estaba custodiada por cuatro guardias vestidos con armaduras de huesos, esta vez pintados de negro. Además, dos de los guardias cabalgaban a unos enormes pájaros que parecían ser de la misma especie que había atacado al grupo de exploración de la República después de llegar a Mimban.

—¡Ey! —gritó Troncos a uno de los guardias, que le acababa de pegar con el mango de su lanza para que se apresurara después que hubiera reducido la marcha, impresionado por la anticuada arquitectura del poblado—. Tranquilo, ya sigo andando.

En el interior de la muralla, pequeñas calles adoquinadas se abrían paso entre casas de piedra y madera y, al final de la vía principal, destacaba una torre por encima del resto de las edificaciones. Una vez llegaron delante de ésta, Tobara, los dos clones y BG-23, acompañados de dos de los hombres rojizos y la figura encapuchada, entraron en el edificio y se dirigieron hacia una amplia sala, la cual tenía las paredes cubiertas de pieles de distintos animales. En el centro de la habitación había una mesa de madera rectangular decorada con huesos, y, detrás de ésta, una silla plateada.

—Explicadme qué habéis venido a hacer a mis tierras —preguntó el hombre de la túnica a sus prisioneros.

—Estamos buscando una extraña estructura cerca de la montaña donde nos han capturado —respondió Kon—. Encontramos un mapa que nos llevó hasta allí.

—Espera, no sigas hablando —frenó Troncos al bothan—. ¿Quién eres? No te hemos visto la cara en ningún momento. Si quieres más información, quiero saber con quién estamos hablando.

La figura asintió y se bajó la capucha. Los prominentes cuernos de su cabeza quedaron al descubierto. También tenía la piel rojiza, pero era diferente al resto de la gente de ese poblado: era un devaroniano.

—¿Satisfecho? —dijo el hombre—. Ahora contadme por qué la República ha enviado a un grupo de sus hombres a Mimban.

Wounds, sorprendido, se dirigió al devaroniano:

—¿Cómo puede un miembro de una tribu de un planeta primitivo conocer a la República Galáctica?

El ser cuernudo cogió una caja que tenía encima de la mesa y la abrió, sacando un cilindro de madera de dentro. Pero éste tenía algo especial. Una pequeña protuberancia sobresalía en uno de los lados, una protuberancia que el devaroniano presionó, haciendo que un haz de luz de color azul emergiera del cilindro.

—De acuerdo… Ahora lo entiendo… —susurró el clon, después de la revelación del Jedi.

—Me llamo Vrye. Fui miembro de la Orden Jedi de la República hasta poco antes del inicio de las Guerras Clon. Después de que el lado oscuro volviera a amenazar a la galaxia, los Jedi no fueron capaces de contar la realidad a los ciudadanos, escondiendo una verdad que creíamos desaparecida desde hace un milenio.

—¿De qué está hablando? Los Jedi son vitales para la supervivencia de la democracia —dijo Troncos, visiblemente indignado por las afirmaciones del devaroniano.

—¿Habéis oído hablar de los Sith? —preguntó Vrye después de levantarse de su silla y empezar a deambular por la sala.

—Sí, formaban parte de una orden que controlaba el lado oscuro de la Fuerza, utilizando el odio y el miedo —respondió Tobara—. Pero desaparecieron hace cientos de años.

—Y aquí encontramos la gran mentira. Los «vitales para la supervivencia de la democracia» saben que no es así. Poco antes del nombramiento de Palpatine como Supremo Canciller, un Sith zabrak asesinó al caballero Jedi Qui-Gon Jinn y fue ejecutado posteriormente por el Padawan de éste. Pero la Orden tiene la certeza que éste no era el único Sith y, sin embargo, ha decidido ocultar este hecho a la opinión pública.

—Aún así, sin los Jedi, ya habríamos perdido la guerra contra los Separatistas —dijo Wounds.

—O quizá no hubiera empezado el conflicto —especuló Vrye—. Y ahora, por favor, contadme qué quiere la República de Mimban.

CAPÍTULO IV: LA OSCURIDAD TRAS LOS MUROS



La misión de Kon Tobara, Wounds y Troncos se ha topado con alguien inesperado. Después de haber sido capturados por una tribu desconocida, su líder se ha revelado. El caballero Jedi Vrye Cinodos, después de haber abandonado la Orden años atrás, se ha convertido en el cabecilla del poblado donde el biólogo bothan y los clones se encuentran retenidos.
Después de haber expresado su evidente descontento con los Jedi, acusándolos de esconder el regreso de los Sith a la galaxia y de haber permitido las Guerras Clon, Vrye quiere conocer el motivo que ha llevado a la República a Mimban, y no va a liberar a Tobara y a sus compañeros hasta conseguirlo.
Lejos de ahí, en una marginal zona de obras de Coruscant, una oscura figura ha llegado a bordo de su velero solar al escondite del misterioso Darth Sidious. Después de reunirse con los líderes separatistas, el Conde Dooku ha decidido reunirse con su maestro para hacerle llegar una importante información…

Los pasos de Dooku resonaban entre las paredes del edificio de electricidad LiMerge. Al final del pasillo principal, una figura encapuchada esperaba con una mano sobre otra.

—Lord Sidious… —se dirigió el Conde a su maestro, al mismo tiempo que se arrodillaba.

—Levántate, Darth Tyranus —respondió Sidious—. ¿Dime, por qué has pedido que nos reuniéramos?

—Quería que supiera que el sistema de comunicaciones central de la Confederación ha recibido una alarma de alta seguridad procedente de Mimban. Parece ser que procede de la nave que transportaba el cargamento que encargó recoger usted hace unos años.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —preguntó sorprendido Dooku.

—En efecto. Un biólogo de la República y dos soldados clon han sido enviados recientemente allí con la misión de conseguir información en relación a un proyecto separatista. Sin embargo, aunque ellos no lo supieran, realmente debían obtener el cargamento que ha activado la alerta separatista.

—Interesante… Quizá se encuentran con problemas, ya que el Consejo Separatista ha decidido enviar un crucero Lucrehulk a Mimban en misión de reconocimiento. Y no va a ir precisamente escaso de tripulación.

Sidious se giró hacia Dooku y le sonrió:

—No te preocupes, lo tengo todo previsto.

Después de esto, los dos lores Sith desaparecieron detrás de la puerta del despacho de Darth Sidious.

Lejos de la capital galáctica, en el planeta Mimban, los clones Wounds y Troncos, Kon Tobara y el androide BG-23 se encontraban en la choza de Vrye Cinodos:

—Así que estáis buscando una estructura escondida en la montaña donde os capturamos, donde se supone que vais a encontrar algo que ayudará a la República a ganar la guerra —repitió Vrye, después de conocer el motivo de la misión de sus invitados.

—Exacto —dijo Troncos—. Ahora, por favor, soltadnos. No vamos a ser un problema para vosotros.

—No, lo siento —respondió con firmeza el líder de la tribu—. No voy a arriesgarme a una catástrofe. Esa montaña está rodeada por un aura del lado oscuro muy fuerte y, sea lo que sea lo que hay ahí, no voy a permitir que salga.

Wounds, indignado, se dirigió a Vrye:

—¡No tenéis ningún derecho a retenernos aquí! —dijo justo antes de dar un fuerte golpe en la mesa.

—Lo siento, miro para el bien de todos —respondió el Jedi, apartando la mirada—. Os vais a quedar aquí hasta que yo lo crea conveniente.

Justo después de que Vrye dijera eso, uno de los guardias que custodiaba la puerta de su cabaña entró corriendo a la sala y le dijo algo en voz baja a su líder, que salió rápidamente al exterior. En esa situación, los prisioneros decidieron ir tras él para conocer más acerca de lo que estaba pasando. Al salir por la puerta de la choza, vieron a una multitud en medio de la calle. Cuando se acercaron, se dieron cuenta que la gente estaba rodeando a un niño, atendido por Cinodos. El chico tenía la piel de un tono más claro que el resto de los miembros de su especie, y parecía estar inconsciente.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Kon Tobara.

—Se trata de una extraña enfermedad que nos afecta desde hace meses. Más de veinte miembros de nuestra tribu ya han muerto a causa de ella, y no encontramos ninguna explicación sobre su origen.

—Puedo encargarme, si me lo permitís —ofreció el bothan—. Soy biólogo, quizá pueda ayudar con esto.

Vrye asintió y dejó que Tobara se acercara al chico. Éste tomó el pulso al indígena, revisó sus ojos y oídos, y en pocos minutos se dirigió al líder de la tribu, que se encontraba a su lado:

—Esto es una intoxicación, no hay duda. ¿Hay algún tipo de alimento que habéis empezado a comer últimamente?

—Mmm… Hace un tiempo que descubrimos unas setas que nos permiten tener visión nocturna. Eso resulta muy práctico para nosotros, ya que en este planeta la luz no es muy abundante. La espesa vegetación y la densa niebla que cubren gran parte de la superficie nos dificultan mucho la visibilidad, y poder cultivar un alimento así nos ha facilitado mucho la vida.

—Quizás no tanto… Traed agua, por favor —pidió Kon, que procedió a provocar el vómito al chico. A continuación, le remojó la cara y le hizo beber abundante agua, haciendo que el chico recuperara la consciencia.

Pasaron dos días y, después de haber estado todo ese tiempo descansando en su choza, el niño ya volvía a jugar con sus amigos en las calles del poblado. Mientras tanto, BG-23, Wounds, Troncos y Tobara seguían cautivos en una de las casas y eran custodiados por cuatro guardias. Al mediodía, un mensajero de Vrye llegó allí e hizo una seña a los tres prisioneros para que le siguieran. Tras girar un par de esquinas, se encontraban en la choza del líder de la tribu, que en seguida les atendió.

—Voy a permitir que os vayáis —les dijo Cinodos—. Después de haber salvado a uno de los habitantes de mi poblado, y quien sabe a cuantos más, no puedo hacer otra cosa.

—¡Muchísimas gracias, Vrye! —se alegró Kon—. Aunque ayudé a ese chico desinteresadamente, agradecemos tu gesto.

—De acuerdo, pero no tan deprisa —respondió el Jedi—. Podréis completar vuestra misión, pero yo voy a acompañaros a la montaña. Quiero saber que ocurre en ese lugar.

—Se trata de una misión confidencial para la República, no puede acompañarnos —sentenció Wounds.

—O eso o vais a seguir custodiados por mis hombres. Vosotros decidís.

Sin tener ninguna otra opción, los dos clones, el androide y el bothan se miraron y, después de unos segundos de reflexión, Troncos se resignó:

—De acuerdo… Trato hecho —dijo mientras estrechaba la mano de Vrye.

—Perfecto, pues mañana por la mañana nos vamos. Hasta entonces —se dirigió el líder a sus invitados, que volvieron hacia su choza.

Al día siguiente, justo cuando la luz del sol empezaba a iluminar las copas de los árboles, la misión que Palpatine había encargado a sus soldados siguió su curso. Después de caminar unos minutos, la montaña se reflejaba en los visores de los cascos de Wounds y Troncos. Tobara se acercó a la pared de roca y la revisó durante un buen rato, hasta encontrar una hendidura que parecía indicar la presencia de una puerta.

—Aquí hay algo —afirmó Kon—. Pero no hay ningún tipo de cerradura.

—Voy a probar algo —dijo Vrye, no muy convencido—. Hace tiempo que no practico, así que no aseguro nada.

De pronto, el Jedi colocó las palmas de sus manos en dirección a la pared de roca y la puerta empezó a abrirse. Gracias a la fuerza, Vrye había levantado un bloque de piedra de unos cuatro metros de altura y dos de anchura, haciendo posible la entrada a la estructura.

—¡Vamos! Entremos —exclamó Troncos, que, junto al resto del equipo, se apresuró a desaparecer en la oscuridad de la cueva.

De pronto, un gran estruendo sacudió toda la caverna. La puerta había vuelto a cerrarse y la oscuridad era absoluta. Los dos clones encendieron las linternas de sus cascos, y alumbraron la sala donde se encontraban. Ocho colosales estatuas esculpidas en oscura roca volcánica parecían aguantar grandes columnas, de como mínimo veinte metros de altura, y un altar situado bajo otro gigante de roca presidía el salón. Vrye estaba seguro de donde se encontraban: era un antiguo templo Sith.

CAPÍTULO V: UN PAGO POR EL SILENCIO



Después de ser liberados por el ex Jedi Vrye Cinodos, el bothan Kon Tobara, los clones Wounds y Troncos y su androide piloto BG-23 siguen con la misión que les encargó el Canciller Supremo Palpatine. Después de dejar atrás el campamento indígena donde habían sido retenidos y habiendo conseguido entrar en la montaña marcada por su localizador, los soldados de la República han quedado atrapados en lo que parece ser un antiguo templo Sith.

Mientras tanto, a través de las rutas hiperespaciales, un crucero separatista Lucrehulk con una legión de droides se acerca a Mimban. Después de haber recibido la señal de emergencia emitida por uno de sus contenedores de alta seguridad, abierto por Tobara y los clones, las fuerzas de la Confederación de Sistemas Independientes se disponen a eliminar a los ladrones.

Pero algo más oscuro se prepara para acechar a los miembros de la misión republicana. El malvado Darth Sidious ha hecho llamar a tres cazarrecompensas para que eviten que una preciada carga caiga en manos del ejército separatista…

Cuatro figuras se encontraban en la sala. Una de ellas, después de frotar su barbilla, levantó un poco su sombrero y se dirigió a la que tenía delante:

—Así que quiere que consigamos un holocrón… —preguntó Cad Bane a Darth Sidious—. ¿Y cómo vamos a encontrarlo, si se puede saber?

—Dos clones y un bothan eran los encargados de sacarlo de su escondite, así que, una vez los localicéis, vuestra tarea habrá terminado. Es probable que tengáis algún encuentro con fuerzas separatistas, pero no creo que representen un problema para vosotros.

—¡De acuerdo, señor! —asintió el abednedo Rednyr Fosk.

Sin embargo, más precavido, Dengar entró en la conversación:

—¿Y cuál es el pago? —dijo mientras sujetaba su DLT-19.

—Un millón de créditos.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Bane después de girar sus pistolas.

En otro punto de la galaxia, entre las paredes de una montaña, Tobara, Wounds, Troncos, el androide BG-23 y Vrye Cinodos se estaban acercando al altar del templo Sith, que estaba coronado por una pirámide de color naranja brillante: un holocrón.

—El localizador señala que lo que buscamos está justo delante nuestro —aseguró Troncos.

—Debe ser esto… —dijo Tobara, mientras cogía el holocrón. De pronto, la hoja amarilla del sable de luz de Vrye se interpuso entre el bothan y la reliquia Sith.

—No vas a coger esto. No voy a permitir que algún tipo de conocimiento del lado oscuro salga de Mimban. Solo empeoraría las cosas.

—Es nuestro trabajo, no te interpongas o habrá consequencias —amenazó Wounds al devaroniano. Sin embargo, justo después de eso, el ex jedi empujó con la fuerza al clon, que acabó golpeándose con una de las estatuas del templo. De pronto, BG-23 se lanzó encima de Cinodos, que con un rápido corte con el sable láser separó la cabeza del droide de su cuerpo.

—¿Alguien más quiere cuestionarme? —preguntó Vrye, que ahora tenía sus ojos bañados en sangre y con un brillo amarillento. Inesperadamente, un fuerte rugido que provenía de las oscuras profundidades del templo sorprendió a los que se encontraban allí, antes de que vieran como un enorme terentatek se acercaba a ellos. El animal se abalanzó encima del devaroniano, que no consiguió ni tocarlo con su sable, y, aprovechando el momento de distracción, los clones y Tobara cogieron el holocrón y se dirigieron a la salida del templo. Una vez allí, se dieron cuenta de algo que no recordaban. La puerta estaba cerrada.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo preocupado Tobara.

—Resignarnos… —afirmó Troncos, mientras el terentatek, que ya había acabado de engullir a Vrye Cinodos, se acercaba a ellos. Pero, de pronto, una explosión derrumbó la puerta del templo, aturdiendo a la bestia. Seguidamente, un escuadrón de droides B1 entró en la cueva, con la intención de eliminar a los portadores del holocrón, pero, al ver al terentatek, se olvidaron de su tarea principal y empezaron a enfrentar al animal. En ese momento, Kon y los clones salieron de la cueva, desapareciendo entre la niebla, y

empezaron a correr hacia la jungla. Pero un rayo de luz interrumpió su marcha, atravesando la cabeza de Troncos.

—Quietos, no tiene por qué haber más muertos —aseguró Cad Bane, que iba acompañado de Dengar y Fosk—. Dadnos el holocrón y podréis iros.

—¿Qué has hecho? —gritó Wounds, que se dispuso a atacar al duro. Sin embargo, Dengar fue más rápido y le disparó al pecho, haciendo desplomarse al clon. Entonces, Fosk apuntó a la cabeza de Tobara.

—¿Nos darás lo que queremos o no?

—Claro… —respondió el bothan, tembloroso, mientras les entregaba la pirámide anaranjada. Bane la cogió, la observó detenidamente, y se dirigió a Kon.

—Muchas gracias, amigo —dijo justo antes de dispararle en el ojo derecho—. Nos vamos.

—No era necesario, Bane —se dirigió Dengar a su compañero. A continuación, los tres cazarrecompensas se dirigieron a su nave para empezar su viaje hacia Coruscant.

Unos días después, se encontraron de nuevo en el escondite de Darth Sidious.

—Bien, bien… —sonrió el Sith, mientras acariciaba el holocrón que acababa de obtener. Seguidamente, entregó el millón de créditos a sus invitados—. Aquí tenéis vuestro pago. Y ahora marchaos.

—Gracias, señor. Un placer hacer negocios con usted —dijo Cad Bane, antes de salir de la sala junto a Dengar y Fosk.

Mientras los cazarrecompensas desaparecían tras las puertas del pasillo, Sidious conectó el holocrón a una mesa holográfica. De pronto, ésta se iluminó y aparecieron unos planos de una armadura Sith. Se trataba de una coraza oscura e imponente, acompañada de una capa negra. El lord tenebroso, con cara de satisfacción, cerró el holograma y susurró lo siguiente:

—El futuro no podrá contra los Sith. Incluso de las cenizas, resurgiremos.

FIN